

Erato

Rio Ruvalcaba



Image not found.

Capítulo 1

Erato

Y miré la avellana forma de tus ojos,
la singularidad de esas pestañas que
decoran la entrada de tu alma.

Ese color perfecto, más que el verde
o el azul, más que el gris o
la luz, más que el o
la plenitud de la perfección,
era, es y será la paz.

La paz que recuerda un en otoño,
las pestañas que recuerdan los rayos de luz
que cubren tus ojos, que cubren
las hojas muertas, los cuerpos
naranjas en el suelo,
los troncos viejos, estáticos,
pero con la sabiduría que dan los años.

Guardé silencio y los observé,
me perdí en ellos,
eh de confesar.

Me perdí, pero me senté en el iris
de tu ojo que asemeja el tronco,
y lo radiante de ese color,

color de vida, color de sinceridad,
me arropó, me tranquilizó
y me dio la paz que tanto soñaba.

Vida a mi existencia es lo que eres,
y con el no lo pude notar.

Tan enamorado estoy,
tan enamorada se encuentra
la de mi existencia
que olvidé los pequeños
eternos y enormes detalles
que ocultas, vida.

Eres hermosa, eres la
eterna perfección en el rostro,
serías el caos orgásmico para
los romanos, siempre edénicos,
serías Minerva, Pandora y Afrodita
todas en ti, y para los ,
serías la escultura perfecta.

El y el trabajo de por vida,
si Miguel Ángel te hubiese conocido.

Porque tu rostro es atemporal.

Porque tu rostro no pertenece
a este simple mortal,

o cualquier otro,
a este tiempo, al pasado
o al futuro, serás vista
siempre en poemas,
pinturas o sueños
donde se busca la perfección.

Serías la esperanza y
un nuevo sol naciente
y un pretexto de libertad
como a la Francia de
Maria Antonieta.

Porque lo sublime es
idiosincrásico
de tu rostro, no
culmina en tus ojos.

No termina en los rayos perfectos
que dan vitalidad y
existencialismo real
al hombre actual.

Para nada termina ahí.
Sino que, es armonioso
todo tu rostro.

Tus labios, solos ellos,

serían razón
de otros miles de versos.
Pequeños, hermosos
y delgados, que figuran
el límite entre el
deseo, la locura
y la lujuria.
Limitan la perfección
y la exaltación,
el suspiro de los pobres.
Y qué decir del resto.
Y qué de tu cabello,
ondulado y más que perfecto.
Y qué decir de tu risa,
que no existen palabras
mortales que describan
el sentimiento que produce,
y qué decir de tu nariz,
punto de partida para
explorar centímetro
a centímetro,
aquel bosque,
que para mí seguirá

siendo algo prohibido.

Eres mi musa siempre,

no el cliché,

sino, Erato.